

ITALIA SE ABURRE CON LA

UNA PROGRAMACION DESCONCERTANTE QUE FATIGA AL ESPECTADOR

Diez años cumple la TV en Italia. Parece que los programas presentados últimamente no satisfacen a la mayoría de los telespectadores. El autor de este trabajo, Alessandro Porro, ha realizado una encuesta pública, entrevistándose después, en Roma, con funcionarios, técnicos, directores, guionistas, actores y críticos. Este informe, de indiscutible interés, puesto que resume un largo y concienzudo interrogatorio, ofrece una panorámica sobre la actual Televisión italiana.

HACE diez años que desde la Feria de Milán fueron difundidas las primeras imágenes de la Televisión italiana. Se trataba de un ciclo de transmisiones experimentales que duró quince días. Alcide De Gasperi, entonces presidente del Consejo de Ministros, fue el primer político que apareció en las pantallas durante la ceremonia de inauguración del certamen.

Nuestra TV se ha hecho adulta. Y cuesta menos que entonces: en enero de 1954, cuando comenzaron las verdaderas primeras transmisiones, el canon era de quince mil liras. Un receptor discreto costaba unas doscientas veinte mil (veintidós mil pesetas). Ese canon se ha reducido hoy a las doce mil liras y el precio de aquel receptor es de ciento cincuenta mil.



Xavier Cugat y Emma Danelli durante la transmisión de «Serata di gala»

En varias ciudades grandes las tarifas de energía eléctrica han experimentado cierta baja. Pero todo esto no satisface a los telespectadores. La mayoría están descontentos. Muchos piensan, con nostalgia, en la TV de hace cinco o seis años. ¿Por qué?

Los motivos son múltiples. Ante todo, ha disminuido la curiosidad, el interés. Antes bastaba el rectángulo fluorescente del receptor para hipnotizar al usuario, retenerle en casa y no hacerle lamentar el desembolso de las quince mil liras del abono. Hoy, en cambio, se apaga con toda facilidad y muchos han vuelto a su antiguo «amor», la radio, que ha hecho más vivos sus programas y que cada noche difunde, por sus tres redes, emisiones para todos los gustos.

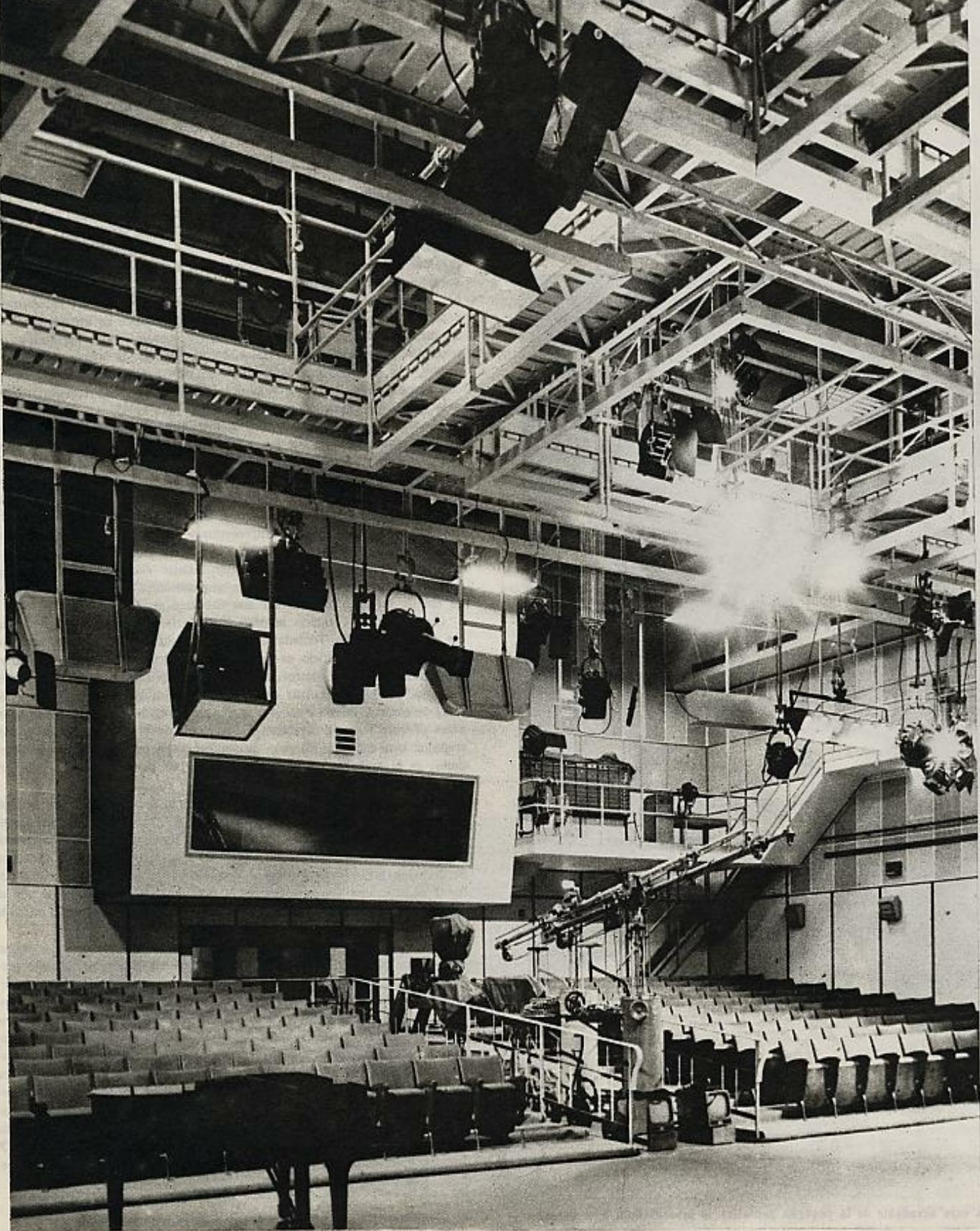
Los directivos de la Televisión no parecen darse cuenta de este estado de cosas. Al menos eso hace pensar el informe del administrador delegado de la RAI-TV, ingeniero Marcello Rodino, presentado a la asamblea general ordinaria de accionistas el pasado abril. El largo texto, aparte de cifras, está lleno de cumplidos y alabanzas. Hay para todos: para los técnicos, para los realizadores, para los administradores, para los actores y los obreros. El telespectador es recordado un par de veces: donde se afirma que se han superado los tres millones de usuarios y, más adelante, al decir que las ganancias obtenidas por sobretasas sobre abonados ordinarios y especiales, alcanzan a veinticinco mil ochenta y tres millones de liras. Es una bonita cifra, a la que se une otra de ocho mil millones que la TV ingresa por publicidad. En cuentas redondas son más de treinta mil millones de liras al año. ¿Se gastan bien o mal? No es nuestra intención tomar cuentas a la TV, pero refiriendo el estado de ánimo del telespectador en 1962 (descontento, aburrido, desconfiado), parece oír la voz de un viejo amigo de familia, el cual, sincerándose con mi padre, le decía moviendo la cabeza: «Mira, en mi casa no es que se gaste mucho, la lástima es que se gasta mal.»

Hemos tomado como testigo al telespectador 1962, porque él resulta ser, en efecto, la víctima principal de la sutil, profunda e incomprensible revolución verificada en la TV en unos meses a esta parte. Falta el elemento fascinante de la curiosidad y esperábamos que, con motivo de la inauguración del segundo canal, ofreciese la TV a sus clientes algo mejor. Algo que no hiciese recordar demasiado, como pasa hoy, la época de la buena novela escenificada, de «Lascia o Raddoppia», (Lo deja o lo dobla), del «Musichieri»... Desde primero de año estamos asistiendo a fenómenos extraños e incomprensibles. Tomemos, por ejemplo, el desconcertante caso de la «Revolución francesa». Ha sido, estamos de acuerdo, una página importantísima de la historia europea. Pero en cuatro meses, semana por semana, nos la han presentado en todos sitios, por los dos canales, con tal obstinación que es ya increíble. Todo comenzó con la serie de los procesos históricos: proceso de Luis XVI, de María Antonieta, de Dantón, etcétera. Después de los seis largos fragmentos de «Los Jacobinos». Este espacio merece párrafo aparte: se trata de una pieza teatral de Federico Zardi, que quiere ser una revalorización, en clave crítica e histórica, de Robespierre. Zardi tiene sus ideas y nadie se las impide. Pero el hecho es que Zardi también es un fino hombre de cultura y como tal no puede admitir que otros no sepan todo lo que él conoce al dedillo. Razón por la cual los seis fragmentos de «Los Jacobinos» en la TV han resultado comprensibles enteramente sólo a quienes conocían a fondo las sutilezas, las particularidades y los matices de aquel especial período de la Historia.

Hay que añadir a este punto que el telespectador del domingo por la tarde, que regresa a casa de la excursión del fin de semana, es un ciudadano que quiere vivir en santa paz las últimas horas del día festivo, y no está dispuesto —él, que ya ha leído su diario preferido— a ser adoctrinado por nadie. No es casualidad el que muchos espectadores, asistiendo a una entrevista con Togliatti en «Tribuna política», no pudieran por menos de hacer una comparación con Robespierre, ya sea por lo que decía, ya sea por el parecido físico del jefe del partido comunista con el personaje tan querido de Federico Zardi.

«La televisión es un instrumento de diversión. Todo debe ser hecho para divertir. Si este concepto prevalece, nuestra TV habrá asumido de

THE



LOS INTELLECTUALES HAN ESCALADO LA MURALLA DE LA TV ITALIANA



Una cara agradable de la pequeña pantalla: la presentadora Aba Cerento

pleno la tarea de corrupción nacional.» Así escribe textualmente Domenico Rea en una colección de ensayos breves. Y hasta cierto punto se podría dar la razón a Rea. Pero una cosa es la corrupción y otra el aburrimiento nacional. Si dieran a Mina por el primer canal y a Robespierre por el segundo, todo iría bien. El hecho es que casi siempre tenemos a Robespierre por los dos canales, y esto nos parece demasiado. La TV italiana no es hoy capaz de divertir al telespectador.

Veamos lo que pasa en el campo de los concursos. Hay dos programas: «Tele-quiz» en el primer canal, y «La caza del número» en el segundo. A pesar de la labia de Mike Bongiorno, de semana en semana se hace más monótono «Caza del número». Falta la participación del público; preguntado sale adelante a duras penas, el juego es pesado y a veces irritante. Por lo que respecta al otro espacio, una gran publicidad había acompañado la aparición del duque Vergara Caffarelli en las pequeñas pantallas, pero no ha servido gran cosa. Oyéndole hablar y viendo con cuánta dignidad se viste, se comprende que es «verdadero señor», ¿pero basta esto para hacer popular a un personaje?

Ahora lamentamos la ausencia de los cien personajes del «Musichieri» y de «Lascia o Raddoppia». ¿Les ha prohibido alguien su acceso a la TV? Se diría que la orden de hoy es no hacer sonreír. Todas las noches nos sentamos pensativos ante el televisor y echamos de menos «Café cantante», uno de los primeros programas (1954), dirigido por Mario Landi con pocos actores y buena voluntad. Ahora se emplean sesenta artistas a la vez y doscientos comparsas, pero ¿de qué vale?

Se dice en la TV: la culpa es de los autores, faltan películas. Dice el telespectador: ¿pero de qué autores y de qué películas se habla? Tenemos al alcance de la mano a Giovanni y Garinei. ¿Por qué no invitarles a que colaboren? ¿No han sido los autores del «Musichieri» y de los dos mejores años de «Canzonissima»? Pero el telespectador ignora que Giovanni y Garinei cuestan mucho. Sus espectáculos de revista hacen ganar ríos de oro. Los dos autores son también empresarios y directores de los espectáculos. Si trabajaran para la TV tendrían que disminuir su actividad teatral y esto les perjudicaría. El telespectador insiste: con más de treinta millones de liras, como la TV tiene a su disposición, ¿es posible que no haga ningún esfuerzo para firmar con Giovanni y Garinei?

Ciertamente que valdría la pena contratarlos, pero en Via Teulada nadie contesta. El Via Teulada está la ciudadela de la TV. Atravesar las cancelas del gran edificio es una empresa difícilísima. Hablar con directores, funcionarios y actores es aún más complicado. Las conversaciones conmigo, que logré penetrar en el secretísimo mundo de los plató y las salas de control, fueron como entre conspiradores. Se hablaba en voz baja; antes de responder, el director, el funcionario o el actor miraban en derredor con cuidado. Ninguno quería comprometerse: «El trabajo —decían— es el trabajo.» Continuamente oía: «Por favor, no dé mi nombre; yo no le he dicho nada, ¿eh?»

Hay asuntos «tabú». Uno de ellos es Alberto Sordi. El Servicio de Opinión ha recibido cientos de miles de cartas de telespectadores que desearían ver en la pantalla a nuestro artista más popular. Sordi ha sido consultado, pero no se ha encontrado una vía de acuerdo. Hay quien dice que Sordi había pedido mucho dinero, pero no es verdad. Lo que exigió fue hacer el programa con un actor de su agrado, con la garantía de que al pasar a las ondas el copión no sufriría corte alguno, como ha ocurrido varias veces. No se le dio esa garantía.

El hecho es que en TV he tenido ocasión de encontrar, por los largos pasillos que conducen a la dirección, caras que me parece haber visto precisamente en Via Veneto. Hombres de teatro, de cine, gente del espectáculo, en fin, he visto pocas. Y este es el síntoma de la actual «revolución» televisada. Los intelectuales —ciertos intelectuales— han logrado escalar la muralla de Via Teulada. Han conquistado la ciudadela de la Televisión. Han vencido en su batalla contra las revistas de Giovanni y Garinei, contra los divertidos y populares concursos de la noche del jueves, contra las novelas escenificadas que conmovían y hacían sonreír. Han abierto las puertas a «Los Jacobinos», han dado la bienvenida a las arias italianas del siglo XVII, nos amenazan con servirnos la noche del miércoles, después de la cena, un ciclo completo dedicado a los poetas menores del XIX francés. Han apuñalado por la espalda al príncipe Myskin, al capitán Fracassa y a Constantino Nigra.

ALESSANDRO PORRO

(Mondadori Press. Exclusiva de TRIUNFO para España.)

"LASCIA O RADDOPPIA"



Los Italianos añoran los mejores tiempos de «Canzonissima», el popular espacio musical de la RAI-TV. Una ola de intelectualismo inunda los canales y la gente se aburre. Entre una cantante y Robespierre, los que dirigen la TV en Vía Teulada han escogido a Robespierre

Los niños siguen entusiasmados las peripecias de un programa como el de Cino Tortorella, «Mago Zurlì»

